

# ¿Tragedia en una novela mexicana?

## *El cantante de muertos:* una hipótesis



Fotografía: Silvia González de León

Carlos Torres Tinajero

ME DA MIEDO LA MUERTE. Personas enlutadas caminan por pasillos estrechos y suelen escucharse viejas anécdotas con murmullos religiosos de fondo. Aroma a crisantemos se disuelve en vasos de café humeante mientras se cubren con velos rostros de deudos al iniciar el rosario. Gotas de agua bendita humedecen el féretro iluminado con luces rojizas brotando de velas. Ciertas voces dan gracias por el descanso eterno —cuando se trata de enfermedades— y se recrean relatos del

difunto y la hora de la partida, como si quisiera evocarse la voz que jamás podrá volver a percibirse. Las palabras se alargan y se agudizan. Lagrimeos y tonos entrecortados retumban alrededor de silencios sepulcrales. Todo esto viene a cuento por la lectura de *El cantante de muertos*, la primera novela del escritor regiomontano Antonio Ramos Revillas, que da pie a discutir

concepciones de simbolismo y rito experimentados tras la despedida de un ser humano.

El funcionamiento de la novela está sustentado en el proceso social y emotivo de Pablo Rodas —narrador-personaje— al enfrentarse a misterios que envuelven los servicios ofrecidos por su padre. Para resolverlos, toma decisiones opuestas a las del resto de los personajes, atraviesa una cadena de experiencias secretas para la mayor parte del entorno en el que se desenvuelve, y al final, tras varios intentos, logra cumplir con la meta que se ha planteado: encontrarle respuesta a las incertidumbres de los cantantes de muertos y continuar su camino —redirigido hacia costumbres familiares— con nociones claras del pasado.

Las frases cotidianas con las cuales se presentan distintas situaciones logran entablar atmósferas de armonía y equilibrio. La labor de los personajes tiene algunas singularidades, pero cualquier lector puede identificarse con sus motivos. Además, el lenguaje sirve para invitar a los demás a internarse en el universo narrativo y en las incógnitas de cualquier sepelio. Y es que, como siempre le ocurre, no ha de ser fácil soñar con cadáveres. Los muertos, los muertos, ¿qué pasa con ellos? Peor aún, ¿qué pasa con quienes les cantan?

En escenarios de Monterrey, una de las áreas conurbadas del norte mexicano, confluye una experiencia familiar y se comienza a construir, de forma paralela, el andamiaje de una comunidad con ojo en el futuro y otro en el pasado ceremonioso y ritual, elementos plasmados con rigurosidad y fluidez a lo largo de la novela, lo cual invita a pensar en un equilibrio narrativo logrado con puntualidad y eficacia.

Se canta como hábito y antídoto contra la tristeza. En un velorio las cuerdas de la guitarra de Salvador

Rodas, el padre del protagonista, vibran entre sus dedos para ambientar el trance de individuos al más allá. La música se convierte en una salida eficaz y contundente; el instante adquiere un matiz distinto a la nostalgia y el desamparo de cualquier despedida, como tradicionalmente se espera por el oficio de Salvador. El desasosiego por algún fallecimiento queda entonado con melodías tradicionales que le imprimen algún sello





Fotografía: Silvia González de León

inadvertido. El momento se presenta como una festividad, a pesar del duelo que los parientes entablarán días y meses más tarde.

Anclado en una usanza generacional, el quehacer de Salvador despierta curiosidad en las ideas de Pablo, que desteejen el presente y la historia de la familia, el objetivo del personaje. A simple vista, el merodeo de Pablo ante el entretenimiento de Salvador podría plantearse como travesura. Sin embargo, las intrigas de Pablo hacia el trabajo de su padre tal vez vayan más allá de develar y proyectar nociones de la imagen masculina mediante las disposiciones paternas. Las dudas sobre el fenómeno tal vez llegarían a interpretarse, en algún caso, como un enfrentamiento a lo inédito y un planteamiento de un objetivo en el personaje. Curioseamos y le tenemos desconfianza a lo que desconocemos. Y en la cotidianidad de Pablo y el ambiente casero en el

que se desarrolla, se escuchan secretos contados por Sol, la abuela, provocando irresoluciones, preguntas y un rumbo nuevo por descubrir a partir de la música.

En las series de relaciones plasmadas en la prosa, Salvador suscita intencionalidades cruzadas. Las canciones crean un clima de cordialidad y calma, pero existe una fuerte dosis de solemnidad funeraria; a pesar de los hábitos, quien elabora la música asiste como antagonista a ese rito. En ocasiones, hay un rechazo tajante a las melodías y mecanismos simbólicos brindados por Salvador Rodas, como repudio de posibles dolores. La presencia de ese antagonismo se delata con la pugna en algún funeral; el propósito del músico es desempeñar su quehacer: amenizar y hacer menos doloroso el paso mortuorio. Pero en ocasiones la muerte cobra una modalidad lacerante y rechaza el jolgorio intrínseco a la encomienda de Rodas. El contrapunto fotografiado en el funeral de Paz —la oposición tajante y decidida a escuchar mariachi en un tejido en el que la colectividad regiomontana está acostumbrada a hacerlo— pudiera ser alguna cuota de temor a pérdidas y consecuencias futuras.

En la secuencia mencionada, el novio de Paz agrade a Salvador Rodas rechazando las convenciones establecidas en la colectividad. Pero quizá la tarea del músico apunte ciertas tradiciones; en ese aspecto, en el cauce fabulador de la obra, se plasman ambientes fúnebres que le imprimen un dejo distinto al acto en varios estratos.

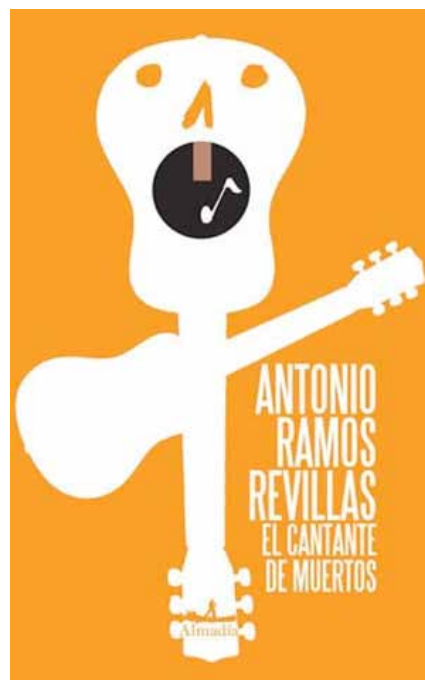
Prevalece, sin embargo, una ambivalencia en distintas circunstancias: consternación y música, representada por el desconsuelo de Pablo, quien busca empaparse y entender costumbres familiares. Por ello, se recrea el desfile de tres generaciones dedicadas a ese

servicio. El pretérito de los Rodas, representado en gran medida por Sol, está dotado de un toque amistoso y místico, como hilo conductor.

Sin embargo, como hipótesis, la propuesta del autor pareciera abrir un abanico de discusión sobre las características de la tragedia, como si fuera el armazón argumental, matizado por una voz fluida a lo largo de la obra. A los protagonistas masculinos se les impone una tendencia: convertirse en *cantantes*. Se puede sostener entonces la noción de *destino*: la elección, dotada de volición y racionalidad intrínsecas, tiende a anularse. Pablo se enfrenta a una decisión pactada de antemano, un poder impersonal frena la capacidad innata de encauzar el rumbo de acuerdo con intereses y ambiciones propias.

Por tanto, todos los hechos llevarían a Pablo a enfilarse la vida cotidiana a disposiciones parecidas a las del padre, por esa “decisión pactada” y edificada por la incógnita que da origen a la función de Salvador. Sin embargo, como antítesis, precisamente se encuentran los conceptos de volición y racionalidad, elementos que le ayudan a Pablo a alcanzar su objetivo: romper con el círculo y preferir alguna actividad que sea de su agrado.

La situación típica de desarrollo de *El cantante de muertos*, zonas semiáridas más habitables, fotografiadas mediante palabras, engloba una sociedad peculiarmente envuelta en noticias de crimen. Pero el andamio sostiene hechos que navegan por leyendas y ritos. El narrador consigue ponerlo como centro del conflicto dramático, dibuja el argumento y deja de lado



Antonio Ramos Revillas  
*El cantante de muertos*  
México, Almadía, 2011, 184 pp.

divergencias con las cuales se han construido historias habituales. Con la exploración de elementos dramáticos en algunas costumbres mortuorias, se les inyecta vigencia, solidez y algún sentido crítico.

*El cantante de muertos* surge en un periodo avasallado por algunos usos violentos a lo largo del país. Ramos Revillas revela una realidad latente en México. El libro quizá pueda ser un motivo para recobrar tradiciones, inspeccionar la actualidad y mirar adelante sin olvidar cultos, pero dándoles un tono de vanguardia y creación ante la muerte. ■